



Publicación de los señores D. Manuel de los Ríos y D. Juan de los Ríos, en Madrid, en las provincias, indistintamente, en las librerías y en la Administración. Se insertan anuncios y comunicaciones.

NUESTROS GRABADOS.

VIAJE DEL PRÍNCIPE DE GALLES.

Los apuntes que ofrecemos hoy a nuestros lectores, están tomados por uno de los individuos que acompañaron en su viaje por la India al príncipe de Gales, y representan algunos tipos de Dalí. Nada diremos sobre este asunto, de que ya nos hemos ocupado extensamente en varios artículos en EL GLOBO.

LAS ARMAS EN MADRID. (I)

(CARTAS DE UN FULANO.)

II.

St. D...

París.

Sospécho, querido Zutano,—digiéndote todavía y con dificultades apenas previstas por Carrera ó Balme, la descomunal, la interminable, la tremenda epístola que te endigué hará cosa de ocho días, recibí, día alguno de mi oficio, en que las ideas se expresan en cuadernillos, el trabajo se agranda por pliegos, y la palabra se estima por horas. Y sin embargo, allá te va otro rollo, y quién sabe si te reservo alguno más, amparado de la consideración de que, á no pedírmelo tú, ya me hubiera yo guardado muy mucho de disertar al largo ni corto, y menos aun sobre ciertas materias, de sayo intrincadas, no exentas de compromisos, y en cuya inteligencia no he pensado nunca, ni remotamente, ser ó pasar por maestro. Culpa á tu curiosidad de la presente molestia, y en todo caso, repara que escribo al vuelo, y que puedo también decir como el redomado Taille-land, á no sé quién que tachaba de largo uno de sus despatches: «no he tenido tiempo de hacerlo más corto.»

Quedaba há disalamentándose en términos generales de la falta de estímulo y del escaso gusto que en lo relativo al ejercicio de las armas se advertía en esta recorrida villa, de la cual afirmaba uno de los escritores del siglo décimo-sexto que «solo ella era corte»; y hoy quiero explicarte la cosa más en detalle, examinando de qué modo, con qué fin, hájé qué ideas y con qué resultados se frecuentan aquí nuestras cantadas y poco prósperas salidas de armas.

Si juntos esto viéramos en la habitación donde estas líneas te escribo—vuelta la espalda á Krause y de jando en la sombra á Keerliche y Montalvo—la empresa me sería facilísima, pues se reduciría á invitarte á pasar un rato en el salón de nuestro simpático Zuavo, para que, deservolviendo un cigarrillo, tarareando cualquier aire, haciéndonos los distraídos, y puestos los ojos en esta reverberante panorámica ó bien aquella resistente malla, ora en los dos inefectivos plastrones y los desesperadores blasones, ora en la galería de retratos que al cariñoso maestro constantemente recuerden sus más aprovechados y queridos

discípulos, pudiéramos darnos cuenta de las personas que entran y salen, y percibir, más ó menos claramente, las conversaciones que en diverso tono se sostienen con el dueño y director del establecimiento.

Héle aquí. Es jóven. Tendrá poco más de treinta años; viste bien y no parece mal sujeto. Pero... sus ojos contemplan su mano se abren y cierran convulsivamente; su frase es cortada; el tono de su voz apagado... Aquel corazón debe latir fuerte... Y aquel mirar inquieto, aquella extraña impaciencia parecen decir que nuestro hombre no está á gusto en ninguna postura y no se halla bien en ninguna parte... Llámalo aparte el Zuavo. Nos mira con rencor... ¡Yá! Está comprendido todo. Ha tenido un choque; ha de ir al terreno; tiene un lance pendiente; ignora las condiciones; espera el acuerdo de los padrinos; y en tanto quiere prepararse.

Si te he de hablar con franqueza, los duelos en España son hoy, felizmente pocos, muy pocos, lo cual te sorprenderá conociendo nuestro temple pendenciero; nuestra costumbre de hablar á gritos; nuestro prurito de disputar por un quitame allá esas pajas, y nuestra afición á aderezar la conversación con todo género de especias fuertes y yerbas picantes. Yo te confieso que con estos antecedentes no comprendo cómo cada esquina ó cada café de Madrid no se convierta diariamente en otro campo de Agramante. Pero al hecho es,—y no lo explícito,—qué corren pocos duelos; mas como tienen efecto algunos, há lugar á que con ese motivo se afirmen entre nosotros teorías y opiniones le más opuestas á cuanto se cree y sostiene fuera de España, y á cuanto yo he oído en mí ya no corta y un tanto experimentada vida de aficionado á las armas.

Porque sabe,—y perdona la digresión que quizá no pague de impertinente,—que aquí corre muy válida la opinión de que si bien la elección de ar-

mas en un lance corresponde al afendido, este derecho, sin embargo, no prospera cuando se elige un arma superiormente conocida por el provocado. Y entiendo que aquí el gusto general se pronuncia por la pistola, y, en último caso, por el sable, con exclusión de la espada, para mochos tan espantados como la mismísima navaja de afeitar, y para los más tema abundante de cuentos y relaciones en que siempre hacen su papel el Ventrin del Père Goriot y el héroe del Fils du Diable, así como motivo de los más pavoresos comentarios, siempre propicios al ensalceamiento de aquel golpe acertado, que tantos francos y tantos pesca duros ha valido á más de nuestro charlatan.

Por de contado, que yo no pretendo ni remotamente discutir sobre el duelo. ¡Oh! no. Tomo la cosa como la encuentro. Si me apuras

Ni padrino ni combate el hongo; si todos se lo ponen, má lo pongo...

Y hablando de veras, no lo acento en principio; creyendo, espero, que su remedio está en otra parte que en leyes insuficientes por la gravedad, la brutalidad de las costumbres y en esas excomuniones de unos cuantos sacristanes, que, fuertes en su resolución de no aceptar lance alguno... por temor de Dios, se desgajitan y despachan á su gusto profiriendo todo género de insultos y calumnias... por amor de Cristo.

Mas como el duelo existe y es un tema de juicios, oportuno me parece emitir el mio respecto de las opiniones y los gustos á que he hecho referencia más arriba. Uno y otros,—á mi entender,—implican un profundo desconocimiento de lo que es el duelo, y una crasa ignorancia de lo que son las armas.

La excepción que se opone al que provocado elige un arma que conoce, descansa en el propósito de nivelar las condiciones de los combatientes: lo cual, hablando con conocimiento de las cosas,

es punto ménos que imposible. Porque dado que esto se consiguiera entregando á los combatientes un arma desconocida para ambos, ¿por qué ni cómo se echaban en olvido las condiciones naturales de entrembos,—la estatura, la agilidad, la vista, el corazón, la energía, datos todos de inexcusable estimación en una lucha? (Acaso se pretendería someter el duelo y á los duelistas á las reglas y compensaciones de los jockeys y del turf?)

Solo un medio conozco de llegar á esa soñada nivelación; y es reducir el duelo á la obra de un puro acaso, y en este camino nosé por qué se habria de hablar de armas ni de otra cosa, que de las pil-dorillas y los jurabes con que cierto farmacéutico quería resolver todas las cuestiones, sin ruido y eficazmente.

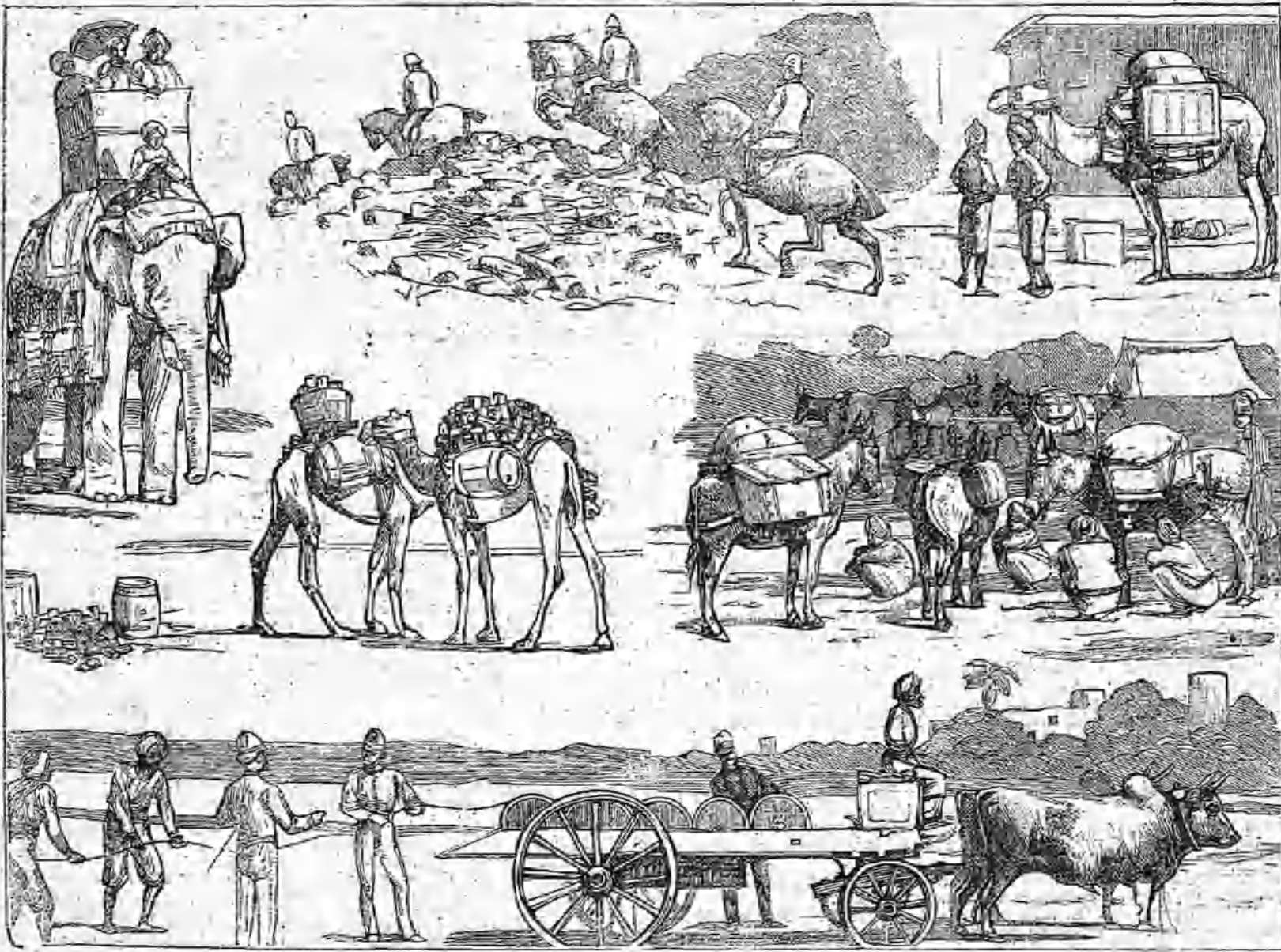
Hay, además, que pecan de profunda ignorancia los que creen á piz juntillas que, frente á frente, un hombre que conoce las armas, y otro que las desconoce por completo, éste se muere en un abrir y cerrar de ojos, sin remedio ni duda de ninguna especie. Yo no conozco más que un arma en que esto sea posible; y es precisamente el arma que aquí se profiere y celebra por... niveladora: la pistola.

La razón es obvia: la pistola es un arma esencialmente, exclusivamente ofensiva; y un tirador de pistola, como no se bata á más de 25 pasos, sin apuntar, ni guardar la línea por el codo ó la cadera del pantalón, á la voz de mando, tirando de arriba abajo, y en fin, bajo condiciones muy comunes al, pero que dicen muy claro que se trata solo de salir del paso con el menor peligro posible, y fiándolo todo á la suerte; un tirador de pistola, repito, —aun sin ser Javier Arcos, ni Ferrand, ni Travey, ni usar pistolas Devisme,—de cien casos puede asegurar que los noventa y cinco herirá á su adversario.

En las armas blancas sucede perfectamente lo contrario. Valen tanto para la defensa como para el ataque; más quizá

para lo primero que para lo segundo; y aquí está su superioridad por todos conceptos. Y yo afirmo rotundamente que no hay un tirador en Madrid, ni en París ni en Florencia que pueda jactarse de herir á macho salvo á su ignorante adversario. En esto consiste precisamente la moralidad de las armas, de la esgrima, mejor dicho. No da tantos medios de ofender como de defenderse; y tanto es así, que aun entre tiradores de la misma fuerza puede pensarse, generalmente hablando, y por razones técnicas, en favor de aquel que limita su acción á romper, parar y contestar,—porque en la esgrima todo no consiste en chocar los brazos y desplayar el brazo. Apelo al viejo Be-trand. Respecto de Cordelais, nada tengo que decir. Hablan por mí sus repetidas lesiones y la cicatriz de su cara herida la única vez que el maestro fué al terreno, olvidándose de la verdadera fuerza de la esgrima.

Por manera, que no es verdad que un hombre que desconoce las armas se entregue absolutamente á la merced del adversario, tor el mere hecho de aceptar el duelo en ciertas condiciones. Si como suele suceder al ignorante toma la espada ó el sable, y fiado en su corazón arremete sin juicio... ¡ah! entonces no hay que hablar. Pero quién le fuerza á salir de la defensiva? ¿Y que recursos no tiene



Viaje del Príncipe de Gales.

(1) Véase EL GLOBO del 15 de Marzo.

